

llaban expuestos á todas las tentativas de los franceses, que podian muy bien acabar por descubrir los vados del rio y por cruzarlo para atajarles el paso. Pero, si se necesita poco tiempo para resolverse en el sentido de la pasion general, muy de otra manera sucede cuando es la resolucion en sentido opuesto. Barclai de Tolly, que á cada paso retrógrado heria las pasiones de su ejército, no tomó hasta el 18 por la noche, y cuando ya estaban acabados nuestros puentes, el partido de abandonar definitivamente á los franceses la ciudad nueva. Asi ordenó al príncipe Bagration que fuera por delante y se apoderara en el camino de Moscou de los puntos de mas importancia, pues debian probar á interceptárnoslo los franceses, y adoptó las providencias oportunas para seguirle con todo el grueso de su tropa. Este camino de Moscou avanza en derechura hácia el Este, luego que se ha traspuesto la abertura de veinte leguas, de que ya muchas veces hemos hablado, y que existe entre las fuentes del Dwina y del Dnieper: dos veces encuentra por tanto las sinuosidades de este último rio, una en Solowievo, que está á una gran jornada de Esmolensko, y otra en Dorogobouga, que se halla á dos jornadas de distancia. En Solowievo el camino de Moscou pasaba de la orilla derecha del Dnieper, ocupada por los rusos, á la orilla izquierda, donde se encontraban los franceses. De consiguiente podia ser detenido allí el ejército que iba de retirada. En Dorogobouga, donde halla al Dnieper el camino por vez postrera, se veia detrás del Ouja, riachuelo que desagua en el Dnieper, una posicion que les era útil ocupar antes que nosotros. El general Barclai de Tolly resolvió que el prínci-

pe Bagration se trasladara de seguida á Dorogobouga, y determinó dirigirse á Solowievo en persona, partiendo el 18 por la noche, y marchando toda ella, con el fin de llegar allí á tiempo. Pero esta retirada, fácil para el príncipe Bagration por llevar mucha delantera, no tenia igual carácter para Barclai de Tolly, que aun estaba en Esmolensko y no debia salir de allí hasta la última hora. Además el camino de Moscou seguia tan de cerca el curso del Dnieper durante dos leguas, que estaba expuesto á una súbita irrupcion de los franceses. Para evitar este peligro concibió el general Barclai de Tolly la idea de tomar caminos de travesía que le colocaran fuera de su alcance, y le condujeran sobre el camino real á distancia de tres ó cuatro leguas, hácia un lugar llamado Loubino. Por consecuencia dividió en dos columnas el ejército que se hallaba á sus órdenes inmediatas. Una compuesta de los cuerpos 5.º y 6.º, bajo el general Doctoroff, de los cuerpos 2.º y 3.º de caballería, de toda la reserva de la artillería y los bagages, debió de hacer el rodeo mas largo y de pasar por Zikolino para desembocar en Solowievo. La segunda, compuesta de los cuerpos 2.º, 3.º y 4.º, y del 4.º de caballería, dirigida por el teniente general Touczkoff, debia de hacer un rodeo mas corto, y de pasar por Krahotkino y por Gotbounowo, para desembocar en Loubino. Sin embargo, el general Barclai de Tolly, que no habia enviado por el camino recto mas que cuatro regimientos de cosacos á las órdenes del general Karpoff, temió que no bastaran para ocupar el punto de Loubino, por donde se junta al camino real el de travesía, y destacó al mayor general Touczkoff III, hermano del

que mandaba la segunda columna, con otros tres regimientos de cosacos, los húsares de Elisabethgrad, el regimiento de Revel y el 20.º y el 21.º de cazadores. Cinco ó seis mil hombres eran de todas armas, encargados de apoderarse oportunamente del desemboque, por donde la segunda columna, que era la mas expuesta, debia ganar el camino real. Por la via recta y desde muy temprano envió sus últimas tropas, y le salió á maravilla, segun va á verse. Adoptadas estas disposiciones, puso todo su ejército en movimiento durante la noche del 48 al 49, y dejó delante de Esmolensko una retaguardia á las órdenes del general Korff.

A la caída de la tarde del 18, ya los franceses tenian muy adelantado el establecimiento de sus puentes, y empezaron á trasladarse al otro lado del Dnieper durante la noche. A la mañana del 19 pasó Ney el rio con su cuerpo á fin de emprender la persecucion del enemigo, y lo propio hizo Davout con el suyo. Batallóse contra la retaguardia del general Korff y se la rechazó vivamente. Ya en las alturas de la orilla derecha se dilataban hácia adelante dos caminos, uno elevándose rectamente al Norte conducia por Poreczie y el Dwina en direccion de San Petersburgo; otro dirigiéndose al Este y prolongándose junto al Dnieper, llevaba por Solovievo y Dorogobouga en direccion de Moscou. Sobre uno y otro se veian retaguardias enemigas, lo cual era natural, pues el grueso del ejército de Barclai de Tolly, destinado á tomar los caminos de travesía, debia seguir un momento la carretera de San Petersburgo, y al revés el destacamento del general Karpoff, enviado por la via mas corta, para apoderarse del desemboque de Loubino, debia se-

guir simplemente el camino de Moscou. Vacilante Ney, corrió contra el destacamento que tenia mas cerca, el cual marchaba por el camino de San Petersburgo, acometióle y le repelió á lo lejos. Esto acontecia en un lugar llamado Gedeonowo (1). Con susto Barclai de Tolly al ver á los franceses tan cerca y en actitud de interceptar los caminos de travesía reservados á las dos columnas de su ejército, acudió sin demora, y ordenó al príncipe Eugenio de Wurtemberg que conservara este punto á toda costa, para dar tiempo de desfilas á los que aun quedaban á la espalda. Allí se combatió con gran teson por parte de los rusos, que cifraban su salvacion en conservar el puesto disputado, con mucha menos insistencia por parte de los franceses, que no tenian objeto determinado alguno, y trataban solo de ilustrarse con numerosos reconocimientos acerca de la direccion tomada por el enemigo. De consiguiente los rusos quedaron dueños de Gedeonowo.

Asi corria la mañana, cuando Napoleon sobrevino, y mirando ya hácia el Norte, ya hácia el Este, por el movimiento general de las tropas reconoció que en direccion de Moscou se debia operar la retirada de los rusos. Asi atrajo al mariscal Ney que se encarnizaba en batallar sobre el camino de San Petersburgo, y trasladóle al de Moscou, afirmandole que, si marchaba presurosamente, antes

(1) El historiador Bourtoulin ha colocado el lugar del choque en Gorbounowo: el príncipe Eugenio de Wurtemberg, en una relacion mas moderna, lo ha colocado en Gedeonowo: poco importa este detalle, lo que importa es el fondo del hecho, donde quiera que se sitúe, y este fondo es incontestable.

de que el día expirase recogería algún brillante trofeo. Hizo que por el propio camino de Moscou le siguiera parte de las tropas del mariscal Davout, á fin de que le apoyara si la necesidad lo requeria, pero dejó la otra parte sobre el camino de San Petersburgo para ilustrarse en todas direcciones, y volvió á entrar en Esmolensko, adonde le llamaban diversos cuidados. Para abrazar un partido definitivo aguardaba el resultado de los reconocimientos que debían ejecutar sus lugartenientes.

El mariscal Ney con sus tres divisiones siguió al destacamento ruso encargado de ocupar el desemboque de Loubino, mandado, según se ha dicho, por el mayor general Touczkoff III. Le alcanzó sobre la meseta de Valoutina, donde, según las tradiciones del país, frecuentemente habían peleado los polacos y los rusos. Estos, apreciando la importancia de la tarea que les estaba encomendada, se batieron con grandes bríos, mas fueron rechazados de esta meseta á un pequeño valle extendido á su respaldo, lo cruzaron lo mejor que les fué posible, treparon á otra meseta, que encontraron al paso, defendieronla con igual bizarria, y también fueron repelidos, por lo cual se retiraron á un último puesto con la resolución firme de conservarlo á toda costa. Efectivamente, poco mas lejos se hallaba el desemboque de Loubino, por donde debía ganar el camino real de Moscou la segunda columna de Barclai, y si retrocedían un paso mas, caería en mano de los franceses aquella posición importante. Favorable era para los rusos el terreno, pues se habían situado detrás de un arroyo fangoso y sobre una cuesta larga y elevada, cubierta de trecho en trecho de bosquecillos y espesa

maleza. Por un puente, que destruyeron, cruzaba el camino este arroyo, y luego atravesaba la misma cuesta por un corte practicado entre dos montecillos poblados de matorrales. Llamado por el mayor general Touczkoff III, acudió Barclai de Tolly y al aspecto del peligro, apresuróse á traer á aquel punto la cabeza de la segunda columna, y previno que toda acelerara su llegada. Esta cabeza consistía en ocho piezas de artillería, muchos regimientos de granaderos y alguna caballería. A la margen del arroyo y en los matorrales colocó á los cazadores, á derecha é izquierda del corte por donde iba el camino á los granaderos, dispuso de través un destacamento fuerte, y despachó á numerosos oficiales para pedir auxilios á todas las tropas que estaban á la mano.

Llegado el mariscal Ney á esta tercera posición á eso de medio día, resolvió tomarla. Para lograrlo empleó las dos divisiones de infantería de Razout y Ledru, trató de trepar la cuesta coronada de artillería, y no pudo conseguirlo. Verdaderamente la empresa resentíase de muy ardua. Para tomar la posición había que forzar el camino, que bajaba algo á la derecha hácia una especie de pantano, que pasaba despues el arroyo por el puente que habían destruido los rusos, y luego se elevaba en medio de matorrales, llenos de tiradores, por entre la cuesta guarnecida de tropas y de artillería. Gallardamente rechazó Ney las avanzadas rusas mas allá del arroyo, pero, para pasarlo sin puente, se necesitaban refuerzos considerables. Así abrazó el partido de mandarlo restablecer á toda prisa, y de enviar á pedir socorros á Napoleon entretanto. Un fuerte cañoneo llenó el intervalo entre este combate de la

mañana y el que se preparaba para la caída de la tarde.

En esto Murat, despues de batir la campaña en diversas direcciones, asomó por el camino de Moscou al frente de algunos regimientos de caballería, pronto á juntarse á Ney. Encargado Junot, por consecuencia de su posicion de los dias anteriores, de pasar el Dnieper mas arriba de Esmolensko, lo cruzó por Prouditchewo, y se hallaba sobre el flanco de los rusos. De las cinco divisiones de Davout, dos estaban en marcha por el camino de Moscou, y una, la del general Gudin, iba á llegar á tiempo. Con efecto presentóse á cosa de las cinco de la tarde junto al pequeño puente, que acababa de ser restablecido, y de seguida tomó sus disposiciones de ataque. Pero entretanto se habia perdido un tiempo muy precioso, y los rusos se habian reforzado singularmente. Barclai de Tolly habia recibido casi toda su segunda columna, salvo el cuerpo de Bagowouth, retardado por el combate de Gedeonowo. Habiendo llegado los cuerpos tercero y cuarto de Touczkoff y de Ostermann á Loubino, entraron inmediatamente en línea y se dispusieron á la espalda por la derecha y la izquierda del enemigo. A lo lejos fué situada la caballería sobre la izquierda, frente por frente del punto de Prouditchewo, por donde Junot acababa de pasar el Dnieper. De consiguiente la posicion se habia hecho de las mas arduas, pues la defendian cuarenta mil hombres y una artillería formidable. Ney solo tenia verdaderamente disponibles sus dos divisiones de infantería de Razout y Ledru, reducidas á doce mil hombres por los combates del dia antes, y la division de Gudin que, despues de la toma de Esmolensko, no debia con-

tar mas de ocho mil bayonetas. Lejos estaban los tres mil ginetes de Murat sobre la derecha, procurando cruzar los pantanos, que se extendian á lo largo del Dnieper, á fin de desembocar sobre la izquierda de los rusos, y los diez mil westfalianos de Junot estaban tan embarazados por aquellos pantanos, que no era seguro que se les pudiera hacer concurrir á la general acometida.

Estas dificultades no detuvieron al mariscal Ney, ni al general Gudin. Este último se puso intrépidamente á la cabeza de su division para tomar á toda costa la especie de madriguera que se hallaba mas allá del puentecillo. Realmente, segun se acaba de decir, se necesitaba meterse en el pantano, cruzar el puente bajo el fuego de los tiradores apostados entre los matorrales, trepar de seguida el camino por entre una garganta coronada á ambos lados de artillería, y por último desembocar sobre una meseta, donde estaban alineados los rusos en masas profundas. El general Gudin formó su division en columna de ataque, mientras el mariscal Ney con la division de Ledru se aprestaba á apoyarle, y la division de Razout ocupaba al enemigo hácia la izquierda, y Murat, galopando con su caballería, buscaba un paso á la derecha por entre los pantanos.

Dada la señal, lanza Gudin sus columnas de infantería, que desfilan á los gritos de *Viva el Emperador* por el puente, y sufren sin alterarse por el flanco el fuego de las tiradores, y de frente el de la artillería asestada á la cuesta. A paso de carga cruzan el puente, trepan la cuesta, y hallan una tropa de granaderos que les recibe con las puntas de las bayonetas. Se les echan encima, los repelen

y consiguen desembocar sobre la meseta; pero alli se presentan nuevos batallones y les obligan á retroceder camino. Vuévelos el bizarro Gudín á llevar adelante, y se traba una refriega horrible entre el puente y la falda de la cuesta. Se avalanzan los hombres unos á otros, se cogen cuerpo á cuerpo y pelean al arma blanca. En medio de tan horroroso conflicto echó Gudín pié á tierra, y espada en mano, guiaba á sus tropas, cuando es herido por una bala que le rompe el muslo, y al caer designa al general Gerard para reemplazarle. Este oficial (1) de rara energía, toma el mando, y conduciendo sus soldados al enemigo, trepa la cuesta nuevamente, y asoma otra vez sobre la meseta. Ney le apoya con la division de Ledru, y parecen dueños de la posicion; mas para disputársela avanzan nuevas tropas rusas, y es de temer que se la arranquen de nuevo.

Durante este tiempo Murat, que para desbordar la posicion acude á la derecha, halla á Junot trasladado mas allá del Dnieper, aguardando órdenes que no le llegan é incurriendo en el error de no suplirlas. Murat le estrecha á que marche, para coger de revés la larga cuesta que en vano se esfuerzan Ney y Gerard por ganar de frente. Por desgracia, atacado Junot á causa de los fuertes calores de la enfermedad de que habia de morir, y era consecuencia de la herida recibida en Portugal en la cabeza, no tenia su vigor de costumbre. Vacilando trata de cruzar el terreno pantanoso que le separa del enemigo, y de abrirse paso echando faji-

(1) Es el mismo á quien bajo el nombre de mariscal Gerard ha honrado la generacion actual con justicia.

nas en el lodo. Murat carga violentamente á la parte de la caballería rusa que se halla á su alcance, pero sobre aquel terreno no puede hacer los oficios de la infantería. Vuelve á estrechar á Junot, grita, se arrebata sin lograr hacer el terreno mas sólido, ni á Junot mas diligente.

A pesar de todo, hácia el punto principal toca á su fin esta lucha encarnizada. Queriendo probar el último esfuerzo, lanza Barclai de Tolly la bizarra division de Konownitisin sobre las divisiones de Gudín y Ledru, mandadas por Gerard y Ney, á fin de desalojarlas de la meseta de que han logrado apoderarse. Gerard y Ney reciben la acometida, un instante ceden á su violencia, pero vuelven á la carga, se arrojan sobre la infantería rusa furiosos, y la ponen en derrota. Al cabo á las diez de la noche quedan en posesion del desemboque. Se les une la division de Razout, y Murat á su turno, despues de superar todos los obstáculos, se despliega á galope sobre la meseta, de donde obliga á retirarse definitivamente á los rusos.

Esta accion terrible, conocida con el nombre de combate de Valoutina y una de las mas sangrientas del siglo costó de seis á siete mil hombres á los rusos y otros tantos á los franceses. Menester era remontarse á los recuerdos de Hollabrun, de Eylau, de Ebersberg, de Essling, para hallar una semejanza. Por desgracia carecia de objeto, no pudiéndose ya tomar á los rusos la delantera en el paso del Dnieper junto á Solowiewo, y no ofrecia otra ventaja que la de conservarnos el ascendiente de las armas.

Quando Napoleon supo lo acontecido, sorprendióse de la gravedad de este encuentro, y quedó

hondamente afectado por habersele ido tan feliz ocasion de copar una columna entera del ejército ruso, lo cual diera á la toma de Esmolensko la importancia de una gran victoria y le ahorrara de ir á buscar mas lejos un brillante triunfo. A las tres de la madrugada del otro dia, que era el 20, dirigióse á caballo al campo de batalla, para ver con sus propios ojos, lo que habia sido y hubiera podido ser el combate de Valoutina, y recompensar á las tropas, cuya energía celebraba. Al aspecto del campo de batalla, pasmóse del vigor que necesitaron desplegar, sobre lo cual se podia hacer juicio por el número y la posicion de los muertos y los accidentes de los lugares. Trepano á lo alto de la meseta, y dirigiendo hácia la derecha sus miradas, irritóse mucho contra Junot, contra la lentitud que se le echaba en cara, lentitud que habia contribuido á salvar á los rusos, pues, rebasándolos hácia aquel lado, se acortara singularmente su resistencia, y quizá se lograra aprisionar gran número de ellos. Pero no se le dijo que el camino era difícil de atravesar y pantanoso; no se le recordó que él mismo habia incurrido en el yerro de dejar á Junot sin orden alguna; y se tuvo la crueldad de excitarle contra la inmovilidad enfermiza de este antiguo compañero de armas, de modo que al primer impulso resolvió reemplazarle, poniendo al general Rapp á la cabeza de los westfalianos. Colocado en el centro de los ensangrentados bivaques de la division de Gudin, hizo formar círculo á las tropas, les distribuyó premios, y dió grandes muestras de sentimiento al valiente general Gudin que estaba espirando. Este ilustre general, partícipe hacia muchos años con los generales Morand y Friant de

la gloria del mariscal Davout, era por su valor héroe, por su bondad perfecta y su espíritu culto, un objeto de estima para los oficiales y de afecto popular para los soldados. Su muerte fué sentida en el ejército como una pérdida comun que tocaba á todos.

De vuelta en Esmolensko, no pudo prescindir Napoleon de las mas tristes reflexiones. En esta campaña, que consideraba como la mas decisiva de su vida, como la postrera si era venturosa, y para la cual habia hecho tan vastos preparativos, su genio aun no habia alcanzado un solo favor de la fortuna. Sus mas excelentes maniobras se habia frustrado, pues, segun dejamos referido, Bagration, separado de Barclai de Tolly, de resultas de hábiles combinaciones, logró juntársele al cabo; Barclai, que estuvo á pique de ser rebasado y cogido por la vuelta en Polotsk, y que debió serlo en Esmolensko, acababa de volver á ganar en compañía de Bagration el camino de Moscou. Vigorosamente batido fué sin duda el contrario en todas partes: lo fué en Deweltowo, en Mohilew, en Ostrowno, en Polotsk, en Inkrowo, en Krasnoe, en Esmolensko, en Valoutina. Se le mataron ó se le hirieron tres veces mas hombres que los perdidos por nosotros, y sin ninguna gran batalla, se le condujo del Niemen al Dnieper y al Dwina, lo cual aseguraba la conquista de toda la antigua Polonia, exceptuando únicamente la Volhinia. Pero hasta ahora faltaba á las armas de Napoleon el brillo fulminante, que siempre las habia rodeado y hecho irresistibles, y les faltaba cabalmente cuando lo necesitaban mas de lleno para contener á tantos pueblos enemigos, por cuyo territorio tenian que transitar á la fuerza, á

tantos pueblos aliados, cuya fidelidad era indispensable. Colocándose en el curso ordinario de las cosas, positivamente era un resultado de gran bulto el de haber arrebatado al enemigo sus mas importantes provincias, y puéstole donde quiera en fuga, y reduciéndole á la imposibilidad de oponer formal resistencia en ninguna parte; pero para un conquistador acostumbrado á herir con golpes sorprendentes la imaginacion de los hombres, parecia faltar algo en el principio de esta guerra, algo, ya que no efectivo, deslumbrador al menos y que mantuviese íntegro el prestigio de su pujanza. Napoleón lo sentia, aunque aparentara no convenir en ello, y estaba vivamente afectado. Aun cuando en todas partes hubiera forzado á los rusos á la retirada, no dejándoles eleccion sobre este punto, claramente veia que, á vueltas de muchos movimientos contradictorios, siempre acreditaban el secreto cálculo de trasladar la guerra á lo interior de la Rusia. Este cálculo era evidente; muy bien se lo explicaba Napoleón á pesar de algunas apariencias contrarias, y en el estado mayor del ejército lo notaban y se lo hacien notar muchos espíritus ya inquietos por el carácter de esta guerra, cuando se dignaba hablar con ellos de la marcha general de la campaña. Así, aun cuando sobre tal punto no abrigara Napoleón ninguna duda, negaba esta táctica de los rusos, siempre que se le señalaba, como se niega un peligro que se quiere confesar menos cuanto mas se teme, y no cesaba de decir que los rusos se iban porque no podian obrar de otra manera, porque estaban batidos, arrollados, y que su pretendida táctica no era otra cosa que la imposibilidad de hacernos cara.

Pero poco ó nada creia lo que manifestaba sobre esta materia, y al ver sus filas aclararse, aun despues de Witebsk, por la marcha mucho mas que por el fuego, se le representaba vivamente el peligro de llevar la guerra á mayor distancia.

Pensando de este modo, parece que tenia un medio sencillísimo de precaver semejante peligro, y era el de hacer alto junto al Dwina y el Dnieper, envanecerse en alto grado de las bellas conquistas á que acababa de dar remate, servirse de ellas para reconstituir la Polonia, hasta dilatarlas con proporcionar al general Reynier los medios de invadir la Volhinia, emplear el otoño y el invierno en dotar con un gobierno y un ejército á Polonia, trasladar al propio tiempo sus almacenes del Niemen al Dnieper y al Dwina, escoger y fortificar sus cantones, y prepararlo todo en suma para una nueva campaña al año siguiente, en la cual se caminarian cien leguas mas adelante, cien leguas decisivas, si se andaban en seguridad completa, pues esta vez conducirian á Moscou ó á San Petersburgo. Estas ideas, que ya en Witebsk se habian ocurrido, presentábanse mas naturalmente en Esmolensko, en la frontera de la vieja Rusia, despues de la toma de una ciudad importante, arrancada espada en mano á los dos ejércitos rusos unidos, despues del combate enérgico y brillante de Valoutina, y finalmente, en una época ya muy adelantada de la estacion puestas que se tocaba á los últimos dias de agosto.

Mas capaz que nadie en el mundo era Napoleón de juzgar una cuestion tan grave, tan complicada, y para cuya solucion se necesitaban pesar tantas consideraciones administrativas, políticas y militares. De cierto habia en esta clase de guerra, lenta

y metódica, algo nuevo que podía lisonjear su talento, algo profundo que podía también herir las imaginaciones. Además, la destrucción del conde de Wittgenstein sobre su izquierda, la del general Tormazoff sobre su derecha, la toma de Riga por un lado, la invasión de la Volhinia por otro, debían quitar á este fin de campaña todo carácter de inercia, de impotencia ó de mal suceso. Pero, cometida la falta de ir tan lejos por entre tantos pueblos enemigos, llevando tras sí á tantos aliados dudosos, dejando á la otra extremidad de Europa una guerra mal conducida, la de España, Napoleon la sentía, quizá demasiado profundamente, ahora que ya no era reparable, y mostrábase muy preocupado de los peligros de esta situación extraña. Se repetía mas dolorosamente todo lo que ya en Witebsk se habia dicho, y se preguntaba qué pensarían, qué harían los prusianos, los austriacos, los alemanes, los holandeses, los italianos, si le veían detenerse durante todo un invierno de ocho meses, y detenerse ante obstáculos que todos serían libres de avalorar á su manera, y de creerlos invencibles tan insuperables al otro año como el presente? ¿No se iba á conmovér todo su imperio bajo su mano, por robusta que fuese, y de modo que no pudiera quizá contener partes tan distintas y tan inclinadas á desmembrarse? ¿Serían fáciles de establecer, de defender y de aprovisionar, segun habia dicho tantas veces, aquellos cantones, de que se le hablaba de continuo sobre el Dwina y el Dnieper en una extensión de trescientas leguas, desde Bobruisk hasta Riga? ¿Servirían desde los últimos días de octubre hasta los primeros de abril de frontera aquellos rios, colmados de nieve durante el invierno?

¿Cómo sus soldados, acometidos ya de una enfermedad desconocida de ellos hasta entonces, la desercion de la bandera, aguantarian inmóviles é inactivos aquellos ocho meses de invierno penoso y causado? ¿Lo pasaria entre ellos Napoleon, su habitual gefe? ¿Quién los podía mandar, contener y tranquilizar, si él se iba? Y si se quedaba, ¿seria bastante potente su mano para hacerse sentir en Roma y Cádiz desde el seno de situación tan árdua?

Consideraciones serias eran estas, de que hacen poco caso los que censuran á Napoleon por no haber terminado esta primera campaña en Esmolensko, y que prueban que el peligro de semejante lucha estribaba mas bien en la misma empresa que en tal ó cual manera de dirigirla. Tales reflexiones sumieron á Napoleon en desvelo profundo, desvelo tanto mas penoso, cuanto que no estaba como en Witebsk todavía distante de abrazar un partido, sino que era urgente abrazarlo sin mas demora. No obstante, aun necesitando adoptar sus resoluciones de seguida, ciertas circunstancias muy próximas, podían inclinar la balanza á uno ú otro lado, y ahorrarle que hiciera por sí mismo una elección difícil de suyo, muy embarazosa y muy tremenda, pues casi habia la certidumbre de perecer, si era mala. Estas circunstancias eran la actitud del enemigo mas allá de Esmolensko, la disposición que mostrara á combatir ó á retirarse, la situación de los generales dejados en las alas del grande ejército, del mariscal Oudinot en Polotsk, del principe de Schwarzenberg y del general Reynier en Brezesc, empeñados unos y otros en tenaces refriegas. Si el enemigo parecia inclinarse á dar batalla, lejos de vacilar, se necesitaba admitir este desafio al punto.

Si el mariscal Oudinot, si el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier eran vencidos, había que socorrerlos: si eran vencedores, se estaba en libertad de seguir adelante.

Pocos días bastaban para adquirir luces sobre estos diversos puntos, y sin querer encadenarse todavía, resolvió Napoleon permanecer dos ó tres días en Esmolensko, para informarse allí de lo que había necesidad de saber, y para dictar las providencias urgentes en el caso de que conviniera seguir mas lejos. De consiguiente prescribió á Murat y al mariscal Davout, los dos hombres mas semejantes del ejército, y de los cuales el segundo corregia provechosamente al primero, que se pusieran en marcha, el uno con dos cuerpos de caballería y el otro con sus cinco divisiones de infantería, para seguir al enemigo paso á paso, y juzgar lo mas exactamente posible de sus proyectos. El mariscal Ney, siempre á vanguardia desde Witebsk, necesitaba dar descanso á sus divisiones, y era ademas harto fogoso para que se pudiera dar asenso á sus juicios en tal coyuntura. Napoleon le previno que, despues de tomar uno ó dos días de descanso, siguiera á Murat y á Davout, si bien manteniéndose á alguna distancia. Un poco sobre la izquierda del grueso del ejército, dirigió al príncipe Eugenio hácia Doukhowtchina, á fin de limpiar el país entre el Dnieper y el Dwina y de ilustrarse por este lado acerca de los proyectos de los rusos. Asi bastaba una jornada para que todo el ejército estuviera unido y pronto al combate, si había la fortuna de que los rusos abrazaran este partido. De todos modos no se podia tardar en adquirir completos informes, y si no ocurría la batalla ardiente-

mente deseada, se estaba en libertad de retrogradar, pues tres ó cuatro marchas mas hechas mas adelante no eran una razon para no desandar camino si se necesitaba, y tampoco eran un gran perjuicio en aquella estacion y con los medios de trasporte con que se contaba todavía.

Dadas estas órdenes, establecióse Napoleon en Esmolensko para tomar sus providencias en la doble hipótesis de una nueva marcha ofensiva ó de un establecimiento definitivo en la Lithuania, y sobre todo para vigilar lo que acontecia hácia sus alas, y proveer segun conviniera.

Efectivamente, á todas horas llegaban noticias de la derecha y de la izquierda, de Brezesc y de Polotsk, y eran satisfactorias. Lo acontecido en estas dos fronteras se reducía á lo siguiente.

Hasta Slonim había retrocedido el general Reynier, para ir al encuentro del príncipe de Schwarzenberg, al cual, segun se ha visto, se le había despachado la orden de retrogradar hácia Bug, con el fin de unirse á los sajones y de repeler al general Tormazoff á Volhinia. Habiéndose operado la reunion de los sajones y de los austriacos el 3 de agosto bajo las órdenes del príncipe de Schwarzenberg, se encaminaron todos juntos sobre Proujani y Kobrin, cabalmente donde se había realizado el fatal revés del destacamento sajón, sorprendido por el general Tormazoff. Despues de sus marchas y contramarchas, despues del suceso de Kobrin, que le había costado dos mil hombres, despues del destacamento de casi toda su caballería al cuerpo de Latour-Maubourg, despues del envío de un regimiento sajón á Praga, (Bajo Varsovia) no contaba el general Reynier mas de once mil hombres, en-

tre los cuales mil y quinientos eran de caballería. Por su parte el príncipe de Schwarzenberg, tras de la larga travesía que había ejecutado, no mandaba mas que veinte y cinco mil austriacos. De consiguiente el total de fuerzas juntas en este punto ascendía á treinta y seis mil hombres. Muchos mas se atribuían al general Tormazoff, bien que no tenía mas que los mismos á lo sumo, obligado como se vió á dejar tropas en Mozir para que le guardasen las espaldas. Así no dejó de retroceder, temeroso de expiar su último triunfo con un descalabro mas grave que el que acababan de sufrir los sajones. Así apresuróse á desandar camino y á volver hácia Kobrin y hácia Pinsk, para cubrirse con el Bug, el Pripet y todos los pantanos famosos de esta comarca.

Concordando mucho los austriacos y los sajones como alemanes, y como gentes que necesitan unas de otras, forzaron á una los numerosos desfiladeros que se encuentran en esta region escabrosa, y siguieron activamente al ejército ruso. Llegado habían el 11 de agosto por la noche á un sitio que se llama Gorodeczna, á algunas leguas de Kobrin, y hallaron establecidos en una buena posición á los rusos, con la resolución evidente de sustentarla. En Gorodeczna el camino de Kobrin trepaba una cuesta de bastante altura, cuyo pié bañaba un riachuelo pantanoso y de difícil paso. Sobre aquella cumbre se había apostado el general Tormazoff con treinta y seis mil hombres de infantería y sesenta bocas de fuego. Habiendo reconocido el príncipe de Schwarzenberg y el general Reynier la dificultad de tomar la posición de frente, buscaron sobre su derecha un paso que les permitiera rebasar la iz-

quierda del enemigo. Efectivamente, algo hácia la derecha, y en una aldea llamada Podoubie, existía un paso que daba acceso á la izquierda de los rusos, pero siempre había que pasar el riachuelo cenagoso, y ademas los rusos tenían fija allí la vista. Sin embargo, un poco mas lejos, y á la parte del declive de la cumbre, de cuya toma se trataba, se hallaba un bosque no ocupado, y en la espesura de este bosque, un camino que iba á juntarse al camino real de Kobrin á una legua de distancia.

El general Reynier, que, aun cuando muy brioso entre el fuego, carecía de carácter en la guerra, era un oficial inteligente y un táctico hábil. Muy luego echó de ver la falta del enemigo, y ofreció al príncipe de Schwarzenberg aprovecharse de ella, penetrando por mas abajo de Podoubie en el bosque descuidado por los rusos, de manera de caer sobre su posición por la espalda. El príncipe de Schwarzenberg obraba con una sinceridad de intención que hacia fáciles las cosas: asintió á la oferta, y dió al general Reynier una división austriaca para asegurar el éxito de la proyectada maniobra. Hasta le dió una gran porción de su caballería, de la cual no podía servirse en el parage en que se hallaba. Se convino en que al día siguiente 12 de agosto por la mañana, atacara seriamente el príncipe con el grueso de sus fuerzas á Gorodeczna de frente para llamar por este lado la atención de los rusos, mientras el general Reynier dirigía sobre su izquierda un esfuerzo vigoroso para envolverla.

Convenido así todo, el general Reynier penetró de noche en el bosque citado, establecióse allí, y no bien despuntó el alba, desembocó de improviso en una pequeña llanura, sobre cuyo centro ve-